

Biblioteca del Instituto

Alma Manchega

CUENTO PREMIADO

en el Certamen Literario celebrado en Ciudad-Real el 22 de Agosto de 1901

ORIGINAL DE

Francisco Naranjo y Sobrino

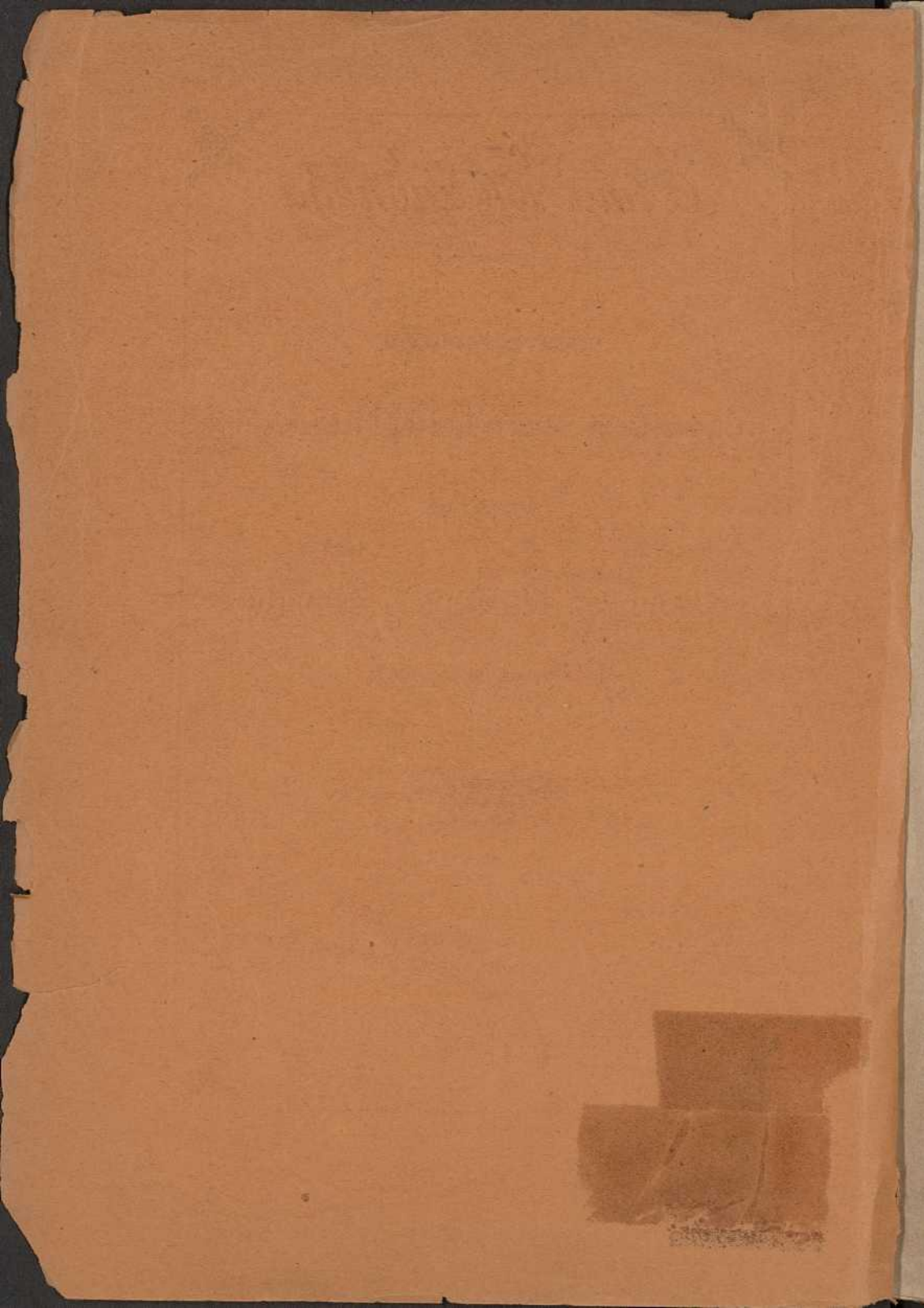


CIUDAD-REAL

Imprenta de Ramón C. Rubisco,

10—Calatrava—10

S.L.C.
18-28

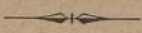


303760

21013975

SL.C.
18-28

Alma Manchega



CUENTO PREMIADO EN EL CERTAMEN LITERARIO

celebrado en Ciudad-Real el 22 de Agosto de 1901

ORIGINAL DE

Francisco Naranjo y Sobrino



R. 13455

CIUDAD-REAL

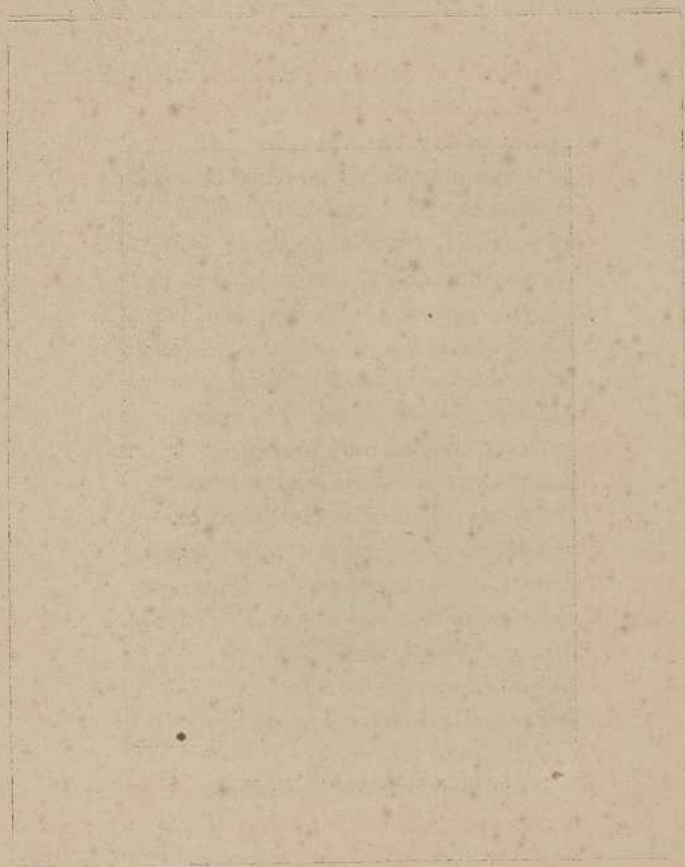
Imprenta de Ramón C. Rubisco,
10—Calatrava—40

69



FRANCISCO NARANJO Y SOBRINO

STAMPED IN REVERSE



A MI HERMANA

Maria de la Paz Creus de Naranjo

*En medio de la inmensa piel de toro,
Que de España el terreno representa,
Existe una llanura dilatada,
Que á una mancha en su mapa se asemeja.
La Mancha: así se llama á la llanura
Que ocupa el centro de la tierra ibera;
Pero es Mancha que limpia, como dijo
Insigne dramaturgo y gran poeta.
Su suelo, en el que se hallan esparcidos
Metales cien, origen de riquezas;
Su suelo, do se crían tan frondosas,
Agrícolas especies muy diversas;
Su suelo, que mantiene á noble gente,
Trabajadora, honrada, fiel, modesta;
Su suelo, en que crecieron muy ilustres
Varones, en las ciencias y en la guerra,
Cual el gran Hernán Pérez del Pulgar,
El insigne Tomás de Villanueva,
General Espartero, Monescillo
Y otros mil, que citar aquí pudiera;
Su suelo, pues, que encierra tantos dones
Y que con nombres tan grandiosos cuenta,
Ha sido mal juzgado por aquellos
Que desconocen esta hidalga tierra.
Honradez y trabajo del manchego
Es el solo objetivo; ese es su lema.
¡A hospitalaria, á nobles sentimientos
Ninguna gente gana á la manchega!*

.....
Tú, también, al venir hacia La Mancha,

A quien no conocías muy de cerca,
Temías que tu estancia en este suelo
No te fuera tan grata, cual quisieras.
Pero pronto cambiaste de opinión;
Te aficionaste pronto á esta tierra,
Y hoy proclamas alegre, convencida,
De La Mancha las muchas excelencias.
A tí, que siendo aquí una planta exótica,
Que siendo de otra tierra eres manchega,
Y alabas las costumbres, el carácter,
Todo lo que á La Mancha pertenezca,
Te dedico este cuento de costumbres
Y tipos de los que este pueblo encierra.
Muy pobre es el obsequio, lo conozco,
Pero es grande la idea que presenta.
Ve solo en él, la gratitud sin límites
De un alma agradecida y muy sincera,
Que de cariño fraternal en nombre
Te ofrece aquesta pobre y débil muestra.
Acéptala y será una prueba más
De protección y amparo, que dispensas
Al que cuanto es y vale, sólo debe
A aquella á quien dedica la obra esta.

El Autor.

ALMA MANCHEGA

LEMA

Aunque soy de La Mancha
no mancho á nadie;
más de cuatro quisieran
ser de mi sangre.

I

Era la tarde del segundo Domingo de Agosto, del año 1901. El sol, dejando caer sus rayos caniculares sobre la tierra manchega, abrasaba al desgraciado que, entregado á las faenas agrícolas, se veía obligado á permanecer en el campo. Ni la más ligera nubecilla empañaba el azul purísimo del cielo, ni la más ligera brisa enviaba á la caldeada tierra su sopro refrescante. Era una tarde, en fin, de las más calurosas, la del segundo Domingo de Agosto del año 1901.

No era así para los contertulios del tío Cachaza, uno de los más desahogados labradores del pueblo de C...; hallábanse éstos en el amplio patio, que previamente regado, despedía húmedas emanaciones que refrescaban en un tanto el ambiente del mismo; una frondosa higuera, plantada en un ángulo, servía de verde toldo al anchuroso patio; de las ramas de la higuera, pendían dos alcarrazas, que mantenían el agua á una temperatura fresca y por lo tanto agradable; junto á las alca-

rrazas, en reducida jaula de alambres, con la cabeza pelada, una codorniz lanzaba de cuando en cuando, sus notas al aire; en otra jaula más pequeña, ataviada con verde hoja de lechuga, se hallaba un grillo, que con su monótono *cric 'cric*, hacía el dúo á la enamorada codorniz.

No eran estos bichos muy bien mirados por el tío Cachaza, pues le despertaban con frecuencia durante sus siestas, sinó por su hija Matilde, modelo de belleza, de sencillez y de candor.

Más cuidados dedicaba el tío Cachaza aquella tarde, al dornillo que, colocado sobre el pretil que rodeaba la higuera, abrigaba en su vientre una buena cantidad de limonada. Periódicamente agitaba su pañuelo de cuadros azules y blancos, para espantar á las moscas; cogía con sus dedazos el vaso, por la boca, lo llenaba de limonada, bebía él y lo hacía correr á sus contertulios.

Hallábanse todos colocados alrededor de una mesa, sobre la cual se había colocado una manta en varios dobleces; en medio había un montón de *pitos y alcahuetes*, sobre los cuales dejaban caer sus manos, de trecho en trecho, los individuos que acompañaban al tío Cachaza para jugar el *truque*, pues no otra cosa hacían en el patio del mismo.

Matilde, con su blanca chambra, su encarnada toquilla, y su rostro moreno, poseedor de innumerables encantos, al que servía de marco, blanco pañuelo de seda, se hallaba sentada en un serijo de eneas, entregada á la ocupación de tejer con sus dedos los hilos, que sujetos por uno de sus extremos á la almohadilla y por otro á los bolillos, iban formando cruces, vilanos, peras, filigranas delicadas, finísimos encajes. Algún tanto descui-

daba la operacion, para mirar á un guapo mozo, que frente á ella se hallaba entre *los truqueros*.

Era este, Juan el de Manuel, el de Paco, el de Pepe, uno de los gañanes más apreciados de los contornos. Decían las malas lenguas, que existían relaciones amorosas entre Matilde y Juan; pero aunque así nos lo hacen sospechar las incendiarias miradas que ambos se dirigían, nos hace dudar de la veracidad de este rumor, la calma con que el tío Cachaza soportaba la presencia de Juan, pues no entraba en las costumbres de tal pueblo, que los novios permanecieran en casa de las novias.

— ¡Truco!

— ¡La falta envido y quiero!

Se volvieron las cartas; el partido de Cachaza ganó; se armó un alboroto; se llamaron *falsistas* y

— ¿A cuánto salimos? dijo Juan.

— A patacón nos toca.

Todos depositaron diez céntimos sobre la manta y el corro se ensanchó.

— ¿Con que, por fin, ya s'ha ido la langosta?

— Sí; ha sío, con nosotros más considerá que el gobierno. ¡Miá qué...! Si fuá pá sacar contrebuciones, bien; pero pa mandar dinero pá gasolina, no hay tiempo.

— Comías vide yo mis papas!

— ¡Y yo mi panizo!

— ¡No daba yo mucho por mis melones! Así como así no he cogío cuasi paja ni cebá. ¡No sé qué voy á comer este invierno!

— ¡Vamos, tío Cachaza, que tós sabemos que guarda usted un alcabuz lleno d'onzas!

— ¡Ah, ojalá! ¿Habís visto al médico nuevo?

—Sí; muy guapo. Toas las chicas andan tras él, como los galgos tras la liebre: á ver si lo cazan.

—¡Vaya, vaya! No murmurar. Diquiá el Domingo que viene, que me voy á echar un pienso á las mulas.

—Y yo.

—Y yo.

Y todos los contertulios abandonaron el patio. El último que salió fué Juan, el cual dijo rápidamente á Matilde:

—¿Esta noche?

—Sí; á las once.

—Diquiá luego.

En efecto; aquella noche, á las once, cuando la luna alumbraba la tierra y una fresca brisa refrescaba el ambiente, todos los rondadores del pueblo de C... pudieron ver á Juan el de Manuel, el de Paco, el de Pepe, hablando por la ventana con Matilde, la simpática hija del tío Cachaza.

Las hablillas del pueblo no eran, pues, falsas.

II

Estamos en Noviembre; densa niebla iba extendiéndose junto á la superficie de la tierra; un aire frío agitaba las verdes ramas, cargadas de oleaginoso fruto, de las olivas; ya el gallo había lanzado su último *quiquiri-quí*, habiéndose recogido bajo el cobertizo, con las gallinas, odaliscas del serrallo, del cual era sultán; los oscuros murciélagos cruzaban sordamente el espacio, chocando torpemente contra las blancas paredes; algunas gotas de lluvia, que llegaban heladas al suelo, empeza-

ban á humedecer la tierra; la luz era muy confusa; anochecía.

Por el estrecho sendero, que por entre olivas conducía á la casa, asomó un carro, luego otro, y por fin hasta ocho yuntas de mulas, que aceleradamente, para salvarse de la lluvia, y dando al aire el repiqueteo de las sonoras campanillas, se dirigían hacia la quintería. El guarda abrió el ancho portón, pasaron al patio, colocaron los aperos bajo el cobertizo, abrevaron al ganado en la amplia pila de piedra que junto al pozo se hallaba y se dirigieron con las mulas á la pieza que de cuadra, cocina y dormitorio servía. Echaron un pienso; una gran hoguera iluminó el recinto, más que el negruzco candilón que de la gran campana de la chimenea pendía y se reunieron todos los gañanes en torno del caldero, que ostentaba un miserable *potaje de habichuelas*, habitual alimento con que los gañanes, en las noches de invierno, reparaban sus perdidas fuerzas.

Juan se hallaba entre los gañanes; era el ayudador de la cuadrilla y muy estimado por todos sus compañeros.

Durante la cena se habló del tiempo; de la última cosecha; de la *pantasma*, que las últimas noches había recorrido las calles del pueblo; de quién era el mejor tirador de barra de los contornos.

Ya, al final de la velada, dijo el zagal:

—¿Con que t'han quitao la novia, Juan?

—¿Que m'han quitao...?

—Sí, yo la he visto hacer arrumacos al médico nuevo y hasta hay quien la ha visto hablar con él por la ventana.

—¡Mentira!—dijo Juan—¡Mientes tú! ¡Miente tó el

mundo! Esa mujer no pué querer á naide más ¿entien-des? á naide más qu'a mí.

Y densamente pálido parecía desafiar á todos con la vista, para que le contradijeran.

—Si quieres convencerte, Juan, mañana es sábadó, vamos al pueblo y lo pués ver por tus propios ojos.

—¡He dicho que mientes! ¡Si no pué ser! ¡Ella! ¡Mi Matilde! Porque no es, ni será de naide, más que de mí; ¡ella de otro! y ¿de quién? de un forastero, que quizás no quiera más que burlarse de ella; de un señorito, que se reirá de la basta trabajaora... ¡no pué ser!

—¡Pobre Juan!—dijo el mayoral, hombre viejo y de experiencia—pide á Dios, que no se le haiga ocurrió al médico enamorarse de ella, que si se l'ha ocurrió, las mujeres se enamoran más que de la bondá de los hombres, del lujo y de la vanidá de que otros hacen gala.... Acabar, ya, la custión y vamos á acostarnos, que hay que madrugar y si resulta cierto mañana, resínate y ten pacencia, que á tós nos ha pasao algo igual en nuestra juventú.

Todos ocuparon sus sitios á lo largo de los poyos colocados junto á las paredes; la lumbre continuaba lanzando sus claros reflejos; en el fôndo, las mulas, iban cesando de agitar las campanillas; allá en lo alto de la chimenea el aire zumbaba y la lluvia sonaba de caer pesadamente; profundos ronquidos resonaban en la estancia; todos dormían.

Unicamente Juan pasó en vela aquella noche, pensando en la negra ingratitud de la mujer á quien amaba.

III

El Domingo por la noche se celebraba un baile en la casa del tío Cachaza; después de cenar la asadura del cerdo (con perdón) que para provisión del invierno había sido inmolado aquel día, una orquesta compuesta de la bandurria del sacristán y las guitarras de los dos barberos, llenaba el espacio con las acompasadas y sonoras notas de las manchegas.

Las parejas se sucedían y la danza continuaba, alegre, movida, llena de vida y animación. El sacristán acababa de cantar:

«Aunque soy de La Mancha
no mancho á nadie;
más de cuatro quisieran
ser de mi sangre»,

cuando

—¿Se pué pasar á echar tres?—dijeron en la puerta de la cocina.

—¡Juan!—exclamó asustada, Matilde.

Juan era, efectivamente, que dirigiéndose hacia ella, la invitó á bailar.

—No puedo, Juan; estoy mala.

No; no estás; es que eres. Otras veces tu mayor satisfacción era bailar conmigo; pero hoy ya no me conoces, ya m'has olvidao, ¿Qué te he hecho yo pá que me trates así? ¿Por qué desde el primer día no me dijistes que no me querías? ¡Infame!

—¡Juan!!—gritó Cachaza.

—¡Cállese usted!—¡Cállese tó el mundo! Tengo razón pa hablarte así... ¡No te asustes; no temas; no te pasa

nál Me voy. He venío pá decirte que te quiero y... te quiero de verdá...; que comprendo que ese hombre te pué hacer más feliz que yo y que porque lo seas hago el sacrificio de no hablarte más de mi amor y de no matarlo... ¡á él! ¿sabes? ¡á él! ¡Sufriré yo sólo!

Y como si hubiera agotado sus fuerzas para permanecer por más tiempo allí, abandonó rápidamente la cocina.

Aquella noche no se bailó más en casa del tío Cachaza.

IV

En la rebotica, se hallaban entregados á las combinaciones del tresillo, el señor cura, el médico viejo, el nuevo y el boticario. Algún capote se recortaba de vez en cuando; alguna nueva daba siempre el boticario; alguna honra caía, casi siempre, herida por la satírica lengua del médico nuevo.

El único que repudiaba estas conversaciones, era el señor cura, dignísimo anciano, que siempre procuraba evitar, y cuando nó, censurar los amorosos desplantes del Galeno.

—¿Cómo anda Vd. de relaciones con Matilde?—dijo el boticario.

—¡Bien! Ya es mía. Ella, el estúpido del padre, todos creen, que me he de casar; ¡qué inocentes! ¡No son tan bajas mis aspiraciones!

—¡Es Vd. un Tenorio!

—¡Va! Ya pienso en sustituirla, pues me van cansando sus rusticidades. Una vez satisfecho mi capricho, la devuelvo al bruto de su novio, que quedará tan honrado, con que su novia también lo haya sido del médico.

En aquel momento, un hombre saltó rápidamente desde la botica; una mano apretó con fuerza la garganta del difamador; un cuchillo describió un semicírculo brillante y fué á esconderse en el pecho del que poco antes hacía alarde de sus amorosas conquistas.

La víctima cayó para no levantarse jamás. Juan, pues él era el agresor, sonrió con gozo y respiró fuertemente, como si instantáneamente hubiese sido aliviado de un gran peso.

—¿Qué has hecho, Juan?—exclamó el señor cura.

—¿Qué hecho? ¡Castigar al que se lo merecía! Había llegado á la botica á por una medecina, oí sus palabras y una nube de sangre pasó por delante de mis ojos. Cuando creí que trataba de hacer feliz á la mujer que yo amaba, le odiaba y le perdonaba, le envidiaba y no le culpaba; pero cuando ví que tó era mentira, que solamente trataba de robarle la honra, hice lo que tó hombre decente hubiá hecho: ¡castigarlo! ¡vengar la afrenta de una mujer! ¡matarlo!!!

.....
¡Hermoso carácter el de los nobles hijos de La Mancha!

Todo alma; todo nobles sentimientos; cuando de la felicidad de quien aman se trata, sufren, rábian ¡pero perdonan!

Mas, Quijotes eternos, cuando se trata no yá de zaherir su honra, sino la ajena, salen en defensa y con mano firme castigan al difamador, que con sus palabras, trata de destruir una honra.

¡Estos son los nobles hijos de La Mancha!

Francisco Naranjo y Sobrino.

